

Y ante aquella pregunta corta y clara
Que pedía respuesta de repente,
El viejo, muy cortado,
Quedóse unos instantes abismado
Pasándose las manos por la frente.

III

—«¡Vaya usted á resolverle á ese chiquillo
» Un punto colosal... de tan sencillo!»
Pensaba el pobre abuelo
Con los ojos clavados en el suelo.
—«La dicha,—por fin, dijo,—el ser dichoso,
» No está en tener poder, dinero ó ciencia;
» Es tener los deseos en reposo
» Y limpia la conciencia.
» La dicha, en la aritmética corriente,
» Es la suma que dá el placer gozado;
» Mas esa cuenta miente,
» Porque suma apetitos solamente;
» Y ese placer sumado,
» O es fantasma embustero ó es pecado.»

IV

Aun prosiguió el abuelo
Largo rato su plática severa,
Pretendiendo explicar de qué manera
Se consigue la dicha en este suelo,
Y otra cosa mejor, allá en el cielo.
El mozo, embebecido,
Temiendo que las puertas del oído
No diesen al sermón bastante puerta,
Lo estuvo oyendo con la boca abierta,
Hasta que, terminando,
Dijo así dulcemente el moralista:
—«En el mundo en que ahora vas entrando,
» Jamás pierdas de vista
» Esta experiencia de mi vida larga:
» La ambición, es talión del ambicioso;
» No huyas nunca el deber por ser penoso,
» Ni dejes la verdad por ser amarga.
» Y si prueban un día en tí su oficio
» De serpientes traidoras las pasiones,
» Recuerda este final de mis lecciones:
» ¡La dicha, casi siempre, es sacrificio!
» Ahí va toda la ciencia
» Con que puede ayudarte la experiencia
» De un viejo por los años cuarteado;
» Y basta de sermón. ¿Te has enterado?»

El nieto hizo que sí, con la cabeza,
Pero el viejo era ducho,
Y al leerle en la cara, con certeza,
Que no le comprendió poco ni mucho,
—«¡Ah, señor! murmuraba:
» ¡Por qué no ha de saber ese que empieza
» Lo que lleva aprendido éste que acaba!»

V

Se hizo hombre el rapaz. Pasaron años.
Con los años pasáronle mil cosas
Que á él se le antojaron asombrosas,
Y que hallaron vulgares los estraños,
Siguiendo, vulgarmente, como todos,
Ya por senda florida, ya entre lodos,
El camino trazado á su existencia;
Y entonces, del abuelo ya muy lejos,
Recordó la experiencia y los consejos,
Y vió que no es gran cosa la experiencia,
Si en vez de ser pasada es solo oída;
Pues tiene la pasión tan grande imperio
Sobre todos los actos de la vida,
Y vive tan rendida
El alma á ese misterio
Que ofrece la región desconocida
Poblada de visiones
Imán de las humanas tentaciones,
Que el hombre, de esas ansias siempre lleno,
Juzga solo por ellas lo que es bueno,
Toma por mar de dicha un espejismo,
Olvídase el juicio de si mismo,
Y la loca pasión corre sin freno.

VI

¿A qué contar la vida de aquel nieto?
Se encierra en la vulgar biografía
Tuya, lector, y mía:
Mucho afán derrochado en torpe objeto.
Solo quiero añadir—aquí, en secreto,—
Lo que el nieto decía una mañana
Al verse en el espejo,
Mustia la frente y la cabeza cana:
—«¡Pues, señor» murmuraba, «ya soy viejo!
» Este espejo de mí dá triste copia!...
» ¡Abuelo!... ya conozco al fin tu ciencia!
» Mas conozco también, por mi experiencia,
» ¡Que solo sirve la experiencia... propia!»

MAGÍN MORRERA Y GALICIA.

ADELANTE!

CREO que todas las investigaciones y el estudio
de todas las ideas pueden conducir á laudable fin y dar provechoso resultado. Si el desarrollo intelectual se estacionara, si el pensamiento humano caminase siempre por una misma senda, la civilización sería imposible y tendríamos que renunciar á la esperanza de poseer la verdad.

Luchar: he aquí la ley común; luchar, no precisamente con la fuerza física, sino luchar, dando la más lata aceptación á esta palabra y haciéndola

digna del ideal más puro. Unas inteligencias están en lucha con otras, las teorías se contradicen mutuamente. Estas son las luchas apetecibles; luchas reposadas, serenas, majestuosas, cuyo resultado no es por cierto la sangre derramada, como en los combates de ejércitos contra ejércitos, sino el descubrimiento de verdades y el perfeccionamiento de nuestra naturaleza.

Es preciso no ser obstinados, sino dejarnos convencer por la lógica. Lo contrario es firmar pacto con el error. Tan distante estoy de los que intentan volver á épocas que no volverán jamás, como de los que sueñan que ha llegado ya el día del bienestar universal y de los que creen que la humanidad está en aptitud de recibir todas las reformas. Caminamos hácia el ideal, pero paso á paso y tropezando muchas veces. Querer adelantar demasiado la marcha es un delirio contraproducente. En cambio, tampoco soy muy amigo de la tradición; la respeto desde lejos, como se respetan ciertos recuerdos de la infancia; recuerdos de fenómenos cuya reproducción en la edad viril sería imperdonable locura.

Si la duda se desprende alguna vez de mis palabras y sombrea tristemente el cuadro que presento á mis lectores, es prueba del sincero humanismo que me guía. No quiero engañar á los demás ni tampoco á mi propia conciencia. Ah! confesemos que á veces no podemos marchar resueltamente en la vida, y por una fuerza tan fatal como misteriosa nos sentimos obligados á detenernos, á vacilar, á desalentarnos. ¿Acaso la duda no es la constante compañera del hombre?

Pero luego la esperanza vuelve á animarme, y nunca falta alguna estrella que guíe mis pasos. Esperanza! la senda es larga y árida, pero á lo lejos verdean los oasis.

Nuestra época es de agitación y de combate; hay una especie de tormenta intelectual por cuyas nubes vagan chispas sublimes. Es verdad que caminamos por entre abismos, pero junto á los abismos hay alturas inundadas de resplandores. La multitud humana se rebulle vertiginosamente entre aquellos y estas, y mientras los unos suspiran por lo pasado y ni siquiera miran las alturas, los otros intentan subir tan arriba, que el sol les abrasa las alas como abrasó las de Icaro.

Es, en efecto, muy difícil concretar algo entre tanta vaguedad y fijar los límites de lo verdadero y de lo falso, de lo bueno y de lo malo, de lo bello y de lo repugnante. ¿Hay pues derecho á negar el paso á teoría alguna? ¿no han de ser completamente tolerantes todos los hombres de buena voluntad? ¿quién es capaz de jactarse de la posesión de lo cierto? ¿quién tiene la soberbia de llamarse infalible?

Honrados, tolerantes, serenos, deseamos le-

vantar noblemente la cabeza y sentir palpar sin temor el corazón. No queramos que el porvenir nos eche en cara rancios exclusivismos, ridícula estrechez de miras, ni que el pasado nos recrimine por haber auxiliado á escandalosas infamias y patrocinado inútiles alharacas.

Y sobre todo, una gran idea domine en nuestra inteligencia: *Adelante!* y un gran sentimiento domine siempre en nuestro corazón: *Esperanza!*

EL DOCTOR PÉSIMO.

AMOROSA

V EYENTLA al llit trista y sola
y portant la mort als ulls;
—vaig pe 'l metje, jo l' hi deya,
que es la meva ta salut.—
Y ella ab veu ben tremolosa,
me responia:—No ho vull...
assentat aquí... no 't moguis...
ja estich be: ¡lo metje ets tú!

FRANCISCO GRAS Y ELIAS.

EL ÚLTIMO DISPARO

C IERTO día, al ir de caza, hábame llevado un volumen inglés de traducciones del sanscrito, lengua sagrada de los indios. Un inocente corzo brincaba de gozo á la entrada de un bosque. Yo le miraba de vez en cuando por encima de los arbustos, y le veía levantar las orejas, golpear con los cuernos, calentar al sol su fina piel y gozar de su ilimitada libertad.

Mi padre era cazador, y yo había pasado mi juventud con los guarda-bosques, los curas de aldea y otras personas que soltaban sus perros con los de mi padre. Nunca había yo meditado acerca de ese brutal instinto del hombre, que hace de la muerte un objeto de recreo y que priva de la existencia, sin necesidad, sin justicia y sin compasión á animales, que tendrían sobre él igual derecho de caza y muerte, si estuvieran armados y fuesen tan insensibles y tan feroces en sus placeres como sus verdugos. Mi perro vigilaba, yo tenía mi fusil en la mano, y el corzo estaba á mi alcance. De pronto experimenté una especie de remordimiento, y vacilé ante la idea de destruir de repente la vida, la alegría y la inocencia de un sér que nunca me había hecho el menor daño, y que disfrutaba de la misma luz, del mismo rocío y de la misma voluptuosidad matutina que yo, creado por la misma Providencia,